

E. Solar Correa

El Poema de Ercilla

NINGUNA obra poética tan importante se ha escrito en nuestro suelo y ningún libro, en prosa o verso, que pueda igualarle en trascendencia.

La Araucana vió la luz en Madrid, en tres secciones que se publicaron con intervalos de diez años, poco más o menos (1569-1578-1589). Pero en su mayor parte había sido escrita en Chile, entre 1555 y 1563, época de la permanencia de don Alonso de Ercilla en este hemisferio.

Se hizo—expresa el prólogo— en la misma guerra, y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero, por falta de papel, y en pedazos de cartas, algunos tan pequeños, que apenas cabían seis versos, que no me costó después poco trabajo el juntarlos...

Cada una de las tres partes o libros en que *La Araucana* se divide tiene sus caracteres distintivos. El primero es el más extenso y, en general, puede equipararse a una mera crónica. A pesar de que el autor narra hechos acaecidos antes de su arribo a Chile, esta parte es la que posee, probablemente, mayor rigor histórico. Los otros dos libros son, en cierto modo, una especie de diario poético de campaña. Ercilla, si hemos de dar crédito a sus palabras, ocupa la noche en referir lo ocurrido durante el día, pero cansado de «materia tan áspera y de poca variedad», introduce algunos episodios ajenos a la guerra de Arauco, inspirados en la historia europea contemporánea, o

bien, dejándose llevar de la fantasía, inventa sucesos de índole sentimental en que actúan como personajes los propios indígenas. El poeta parece haber olvidado los propósitos con que dió comienzo al libro primero:

No las damas, amor, no gentilezas
de caballeros canto enamorados...

La última parte, que es la más breve, se distingue además por cierto marcado carácter autobiográfico. Habla allí el autor de la prisión que, de orden de don García, sufre en Chile, y luego de la postergación y olvido de que se cree víctima, después de su regreso a España.

Considerada en conjunto, *La Araucana* se nos presenta como un poema *sui generis*, inclasificable dentro de la épica tradicional. El poeta, en vez de hacer la apoteosis de un héroe, canta caracteres colectivos—la masa española y la masa araucana—en una especie de «unanimisme très avant la lettre», si se nos permite emplear la acertada frase de un hispanófilo francés.

Esta singular carencia de protagonista ha dado origen a múltiples estudios y polémicas, unos puramente retóricos y otros de orden histórico. En otras cosas, se ha discutido si corresponde clasificar la obra de Ercilla—discusión que carece de sentido e importancia—como una epopeya o como un poema histórico, y si el protagonista debió o no ser don García Hurtado de Mendoza y por qué no lo fué.

La omisión, en general, se atribuye al agrio disgusto que hubo entre el joven Gobernador y el poeta, con ocasión de una fiesta o torneo, y se dice que el encono que conservara el último le impidió colocar a don García en el preeminente rango de protagonista, procurando de esta suerte la debida unidad al poema. Pero ese encono se halla, en cierto modo, desmentido por las mismas estrofas de Ercilla. En ellas Hurtado de Mendoza ocupa el lugar que históricamente le corresponde y aún quizá se exageran sus cualidades de gobernante justo, humanitario y

prudente (*Cantos XXX y XXXIV*) y de militar valeroso y activo (*Cantos XXI y XXV*).

A nuestro parecer, la causa fundamental que privó a *La Araucana* de un héroe central hay que buscarla por otro camino, y éste será encontrado sólo cuando se estudie el poema no como una obra independiente, esporádica sino enfocándola dentro de la psicología española del siglo XVI y relacionando su asunto con los grandes acontecimientos europeos de aquella época.

España—es preciso recordarlo—empuñaba a la sazón la hegemonía de Europa y se creía llamada a regir los destinos políticos y espirituales del mundo. Ningún pueblo hasta entonces —ni Roma—había alcanzado un mayor poderío. El orgullo español no reconocía límites. Brantôme exclama al ver desfilar los tercios castellanos: «Los llamaríais príncipes por su arrogancia!»

En este momento histórico magnífico se publicó en Madrid *La Araucana*, y no es difícil imaginarse cómo se la apreció por sus contemporáneos. Sólo pudo verse en ella una obra en que se narraban las hazañas de un puñado de compatriotas aventureros empeñados en sojuzgar, allá en ignotos confines de la tierra, a unas tribus de belicosos salvajes. El asunto tal vez pareció interesante por su exotismo y por contribuir a expresar la universalidad del empuje español, pero es evidente que no se le atribuyó trascendencia alguna. Las cosas de la Araucanía no significaban nada en aquella hora de la grandeza hispana*.

Ahora exaltar con los rasgos de un caudillo épico al novel capitán que dirigió la remota empresa, figura insignificante frente a los grandes generales del imperio, habría parecido sencillamente, un despropósito, digno de una parodia épica y no

* La simple lógica exige que así fuera. Pruébalo, además, la indiferencia con que se recibió en la Península la primera parte del poema, destinada exclusivamente a narrar la guerra de Arauco, y el éxito que, en cambio, obtuvo la segunda, en que, como se sabe, Ercilla celebra las victorias españolas de San Quintín y Lepanto.

de una obra seria. Ercilla, hombre de su tiempo y dotado de un indudable buen sentido, hubo de comprenderlo así, y se limitó a enaltecer a España en el esfuerzo anónimo de sus hijos. Semejante criterio se manifiesta por demás explícito en las excusas que el poeta ofrece cuando, episódicamente, mezcla a la guerra de Arauco las brillantes acciones de Lepanto y San Quintín. «No es poco atrevimiento—dice—querer poner dos cosas tan grandes en lugar tan humilde»...

Explicase, después de lo que queda insinuado, la escasa atención que Ercilla presta a los héroes españoles—un centenar o poco más—que figuran en el poema. Todos carecen de relieve individual, aún los más eminentes, como Valdivia, Villagrán, Hurtado de Mendoza, Reinoso. Oímos el relato de sus proezas y aún los vemos actuar, pero lejos, indistintos, cual si estuviesen esfumados por la distancia. Tal vez la silueta de Andrea, oscuro soldado, digno émulo de Milón de Crotona, sea la única en que puedan señalarse algunos rasgos vigorosos. El poeta, para ser creído en España, hubo de conservar a sus compatriotas las naturales proporciones, y hasta hay casos en que los apoca, olvidando méritos positivos. Pedro de Valdivia, por ejemplo, uno de los capitanes más distinguidos que vinieron a América en aquel periodo, acreedor al elogio por su inteligencia, voluntad férrea y dotes guerreras, hombre cuya empresa miramos hoy como sobrehumana, resulta en el poema un militar «perezoso y negligente, incrédulo, remiso y descuidado».

Los aborígenes, en cambio, aparecen idealizados. Ercilla los ama y admira, y nada le impide exaltar y embellecer sus cualidades. Sentimos que su fantasía aquí se mueve sin trabas y que su poder creador sólo aquí se manifiesta. No hay que olvidar que don Alonso es historiador y poeta, pero historiador para los españoles y poeta para los araucanos. Caupolicán que, históricamente, no tuvo importancia señalada, que no se sabe si fué efectivamente jefe supremo de los indígenas, que no realizó ninguna acción que justifique los epítetos que el autor le tributa, se destaca como un héroe símbolo, especie de encarnación

de todas las grandes cualidades con que el ex-paje de Felipe II adornó a los moradores de Arauco. Hablando con verdad, se trata de una ficción poética, más brillante que verosímil. No podemos, en efecto, imaginar a Caupolicán, todo un bárbaro, como aquel

varón de autoridad, grave y severo,
amigo de guardar todo derecho,

que Ercilla se complace en describirnos. Otro tanto podría decirse de Lautaro que en la epopeya es el héroe en acción y que a la luz de la historia fué el verdadero inspirador de las tribus indígenas. El antiguo caballero de Valdivia, belicosísimo y en extremo cruel aún con sus propios coterráneos—al decir de las crónicas—, y seguramente nada apolíneo, si hemos de atenernos a los rasgos físicos de su raza, está retratado como un joven

manso de condición y hermoso gesto...

Pero prescindiendo, por el momento, de estos aspectos históricos y étnicos, y mirando a los héroes araucanos desde el punto de vista de la creación artística, no cabe sino celebrar el vigor y maestría con que se hallan trazados sus caracteres. Los principales jefes o caciques, sobre todo, muestran una fisonomía propia, perfectamente diferenciada: Caupolicán, sereno, magnánimo y justiciero, contrasta con el vivaz y astuto Lautaro; Colocolo, prudente y razonador, con el impulsivo y colérico Tucapel; Lincoyán es fuerte y leal, Peteguelén áspero aunque bondadoso; el «espaldudo» Rengo parece simbolizar la fuerza bruta; Galvarino, la fiereza indomable del bárbaro, y así podrían recordarse tantos otros.

La antítesis que se manifiesta en la pintura de los héroes de una y otra raza ha hecho pensar a más de alguno que el propósito de Ercilla, al escribir su obra, fué enaltecer a los araucanos. Pero es preciso no dejarse engañar por las semblanzas

individuales y ciertas incidencias y detalles, cuyo objeto es precisamente realzar la importancia del desenlace. Pues bien: si se observa el poema en conjunto, se verá que cada una de las tres partes o libros de que consta, concluye, a pesar de las desteñidas figuras castellanas y de la soberbia prestancia de los indígenas, con el triunfo decisivo de las armas de España. Termina el libro primero con el triunfo de Villagrán en las márgenes del Mataquito y con la muerte de Lautaro. Al finalizar el libro segundo, vemos la mesnada de don García pasear, victoriosa, sus estandartes por la Araucanía y hacer cruel escarmiento en los últimos rebeldes (suplicio de Galvarino). En el libro tercero, eliminado Caupolicán, los españoles quedan dueños de todo el país, y sin que los naturales les opongan el menor obstáculo, lo recorren y explotan hasta el archipiélago de Chiloé.

En estos desenlaces está lo positivo, lo que importaba a Ercilla poner en relieve: exaltar a los vencidos en el curso del poema era engrandecer el triunfo y gloria de los vencedores, y así lo manifiesta el poeta en sus estrofas iniciales.

Tanto como la ausencia de protagonistas—y acaso más—sorprende en *La Araucana* la ausencia del paisaje. Don Alonso era ante todo guerrero y, perdido en el fragor de los combates, deslumbrado por el temple indomable del araucano que se mostraba capaz de resistir a quienes él juzgaba irresistibles, no reparó en lo más admirable que Chile podía ofrecerle: su naturaleza.

Cierto es que sólo en el siglo XVIII, con Rousseau, comenzó ésta a ser uno de los motivos directos de la literatura europea, pero ya en los tiempos de Ercilla hubo escritores españoles—Garcilaso, los dos Luises, Juan de la Cruz, Góngora—que se inspiraron en las bellezas naturales. Y aun cuando dicho antecedente no existiera, siempre parecería inconcebible la indiferencia, o mejor, la insensibilidad óptica de Ercilla ante el espectáculo sin par de nuestras regiones sureñas. Nada hay en el poema, ni una sola frase exclamativa, que delate su admiración. Cuando quiere describir un lugar con cierta inten-

ción poética, su pluma incapaz de captar el color local, atina únicamente a trazar algunos versos hermosos, pero más o menos retóricos y adaptables a cualquier región del globo.

Se ha repetido que Ercilla no comprendió la naturaleza americana; en realidad, sería más exacto decir que no la vió. En vez de las selvas inextricables que aun hoy pueblan las regiones del sur, de sus profundas y pintorescas quebradas, de aquel suelo que ondula en caprichosos lomajes y que la frecuencia de las lluvias cubre de verdor perenne; en vez de los ríos torrentosos e innumerables, de los magníficos volcanes cuyas nieves eternas se retratan en el cristal de los lagos inmensos, en vez de toda esa imponente y salvaje belleza, ¿qué vieron los ojos del poeta? Sólo «unos terrones secos» y unos «campos incultos y pedregosos»*, como si la visión de los yermos de Castilla, su tierra natal, fija en su retina a través del tiempo y la distancia, hubiera querido, celosa, ocultarle todo otro espectáculo. Sin embargo, ocurre un caso singular. Lo que sus ojos no vieron, lo que no excitó su fantasía ni hirió su sensibilidad, en una especie de inconsciente sonambulismo lo consignó su pluma de geógrafo y cronista. Y así, no sería difícil espigar aquí y allá numerosos versos sueltos y formar con ellos un cuadro que, no obstante su deficiencia gráfica y artística, dejara entrever el carácter y magnificencia de aquello que él creyó ingrato y pedregoso secadal:

mirad los campos fértiles, viciosos...
espesos montes, ásperos y duros...
un estendido lago y gran ribera...
los presurosos ríos y las fuentes...
ríos en esta tierra caudalosos...
la espesura de montes y aspereza...
que produce la *murta* virtuosa...
sobre la cumbre de una verde loma...

* *La Araucana*, prólogo de la segunda parte. La idea de Ercilla—y esto es lo peor—ha hecho camino en Europa. Hombre tan enterado de las cosas universales como Menéndez y Pelayo, en su *Historia de la Poesía Hispano-Americana*, describe a Chile casi en los mismos términos: «Aquella estrecha faja de litoral, árido y pedregoso»...

en el húmedo sitio pantanoso...
 es un valle que el lago abajo cierra...
 la cumbre hasta los cielos levantada...
 por medio de una espesa y gran quebrada...
 con sesgo curso grave y espacioso...
 de zarzas, breñas y árboles tejido...
 por cumbres, valles hondos, cordilleras...

Al hojear *La Araucana*, en más de una ocasión, nos es dado avizorar también nuestras costas bravías y, completando el cuadro, algunas rápidas y diestras pinceladas nos evocan los caprichos del cielo sureño, ora azul y radiante, ora negro y fosco:

La tempestad cesada, el raso cielo
 vistió el húmedo campo de alegría...
 en esto una gran nube tenebrosa
 lanza un diluvio súbito y violento...
 relámpagos y truenos no cesaban...
 el cielo revistiendo de alegría...
 de espesas nubes lóbregas cerrado...
 dejando el cielo raso y aire claro...

Todavía podría integrarse la visión que de aquella zona ofrecen los escuetos versos transcritos recordando otros fenómenos atmosféricos característicos de la región, tal ese viento tibio del norte, precursor de las lluvias, y que sopla por las páginas ercillescas,

los árboles y plantas inclinando,
envuelto en raras gotas de agua gruesas...

Pero ya es hora de hablar de la más eminente de las cualidades de Ercilla: su talento narrativo. En una obra del género de *La Araucana* nada importa tanto como el arte de narrar y en este arte el vate madrileño muestra ser un maestro incomparable. Léase cualquier libro histórico, viejo o nuevo, en que se relate la Conquista y, por contraste, podrá apreciarse toda la objetividad, todo el calor y vida que se contienen en sus pá-

ginas. En la narración de batallas y de encuentros individuales, sobre todo, don Alfonso no tiene igual. El ímpetu, el fragor, el torbellino de la lucha, aun en sus menores detalles, han sido trasladados—palpitantes—al poema, y allí se agitan y resuenan todavía. Azorín ha expresado dicha sensación del lector en forma muy gráfica.

Nos figuramos—dice—leyendo estos versos, algo así como las figuras de Miguel Ángel. Vemos torsos redondos y fuertes, brazos nervudos, pies que se asientan sólidamente en la tierra, o piernas que se debaten y entrecruzan violentamente, manos que atañacean, bocas contraídas, ojos fulgurantes y frentes por las que chorrean la sangre y el sudor. Y todo esto moviéndose, agitándose, enlazándose y desenlazándose en una vorágine de ira, de polvo y de relumbre sobre las brillantes armas.

Este don de animar y mover las figuras no era, como podría creerse, un don espontáneo, inconsciente, de Ercilla. Al contrario, vémosle trabajar y afanarse por conseguir tal resultado y, como todo escritor exigente consigo mismo, desalentarse creyendo no haberlo conseguido:

La soberbia, furor, desdén, denuedo,
la priesa de los golpes y dureza
figurarla del todo aquí no puedo
ni la pluma llevar con tal presteza...

La gran facilidad del poeta en el arte de narrar escenas bélicas lo lleva a prodigar los relatos de dicha índole, y de ahí que la lectura del poema resulte a la larga, a pesar de su animación, bastante monótona y cansada. Antójasenos, a veces, *La Araucana*, al considerar esta circunstancia, como un inmenso esfuerzo de armonía imitativa, como una onomatopeya quimérica, en que no sólo se hubiese querido reproducir el ruido, el movimiento, el hervor de las pasiones de cada momento de la lucha, sino también la impresión general de monotonía y cansancio que aquellas interminables guerrillas de Arauco hubieron necesariamente de producir en los gerifaltes españoles.

La lentitud con que se desenvuelve la acción contribuye, por otra parte, a hacernos penosa la lectura. Ella nace, principalmente, de la riqueza de pormenores expresivos—sabrosísimos en sí mismos—que esmaltan las estrofas de Ercilla. Este es, como todos los grandes narradores peninsulares, en prosa o en verso, un escritor eminentemente realista, y aunque comprende la necesidad de aligerar el relato—nuestro poeta revela un raro sentido autocrítico—no puede prescindir del detalle. Muy significativos al respecto son los cuatro versos que siguen:

Mas con la brevedad ya profesada
me detendré lo menos que pudiere,
y las cosas menudas, de pasada,
tocaré lo mejor que yo supiere...

Extraordinarios suelen ser el colorido y precisión que pone en estas *cosas menudas*. Nada escapa a su observación. En la brega sigue a cada uno de los combatientes y va apuntando, nerviosa pero prolijamente, cada actitud, cada mandoble, y la forma en que el golpe fué recibido o barajado y los efectos que produjo. Un solo mazazo ocupa a veces varias octavas. He aquí un golpe de Orompello:

... y el genovés gallardo conociendo*,
como cebado figre con él cierra,
alta la maza y encendido el gesto,
sobre las puntas de los pies enhiesto.
Fué de la maza el genovés cogido
en el alto crestón de la celada,
que todo lo abolló y quedó sumido
sobre la estofa de algodón colchada:
estuvo el italiano adormecido,
vomita sangre, la color mudada,
y vió, dando de manos por el suelo,
vislumbres y relámpagos del cielo.

Los detalles pintorescos de la vida cotidiana y aun los me-

* El autor se refiere a Andrea, soldado oriundo de Génova, y del cual se tienen muy pocas noticias.

ros objetos materiales hállanse, asimismo, observados y descritos con minuciosidad suma. Ni los clavos del collar de un perro pasan inadvertidos al poeta:

Un lebre! animoso, remendado,
que el collar remataba una venera
de agudas puntas de metal herrado...

¡Cuánta prolijidad y qué concisión! En un espacio mínimo encuentra manera de hacernos conocer la índole del animal, las características de su pelaje y nos presenta una acabada descripción del anillo de hierro que defiende y adorna el cuello canino. Todo en tres versos.

Este innato realismo, si bien retarda y prolonga el desarrollo de la acción, tiene en cambio la virtud de acercarnos por manera admirable a las personas y cosas de antaño, y ha contribuido a crear esa verdad humana que respiran los héroes ercillescos. Nunca nos parecen seres de otro mundo. Indios y españoles obran y sienten como hombres. Unos y otros, no obstante el coraje que enciende sus pechos, conocen a menudo instantes de temor y desfallecimiento. Ni cree el autor menos-cabar la grandeza épica—otro efecto de su realismo—mezclando en ocasiones algunos granos de ironía, como en aquella pintura que hace de sus compatriotas después del descalabro de Marigüeñu. Huyen éstos desalados—«juegan a mucha priesa sus talones»—y van, en su apuro,

vo!os, promesas entre si haciendo
de ayunos, romerías, oraciones,
y aún otros reservados sólo al Papa
si Dios de este peligro los escapa.

(Concluirá.)